

ellas, no invadió Hoang-ti, de la cuarta dinastía, con poderoso ejército la China meridional, *habitada por hombres de raza diferente á la de su pueblo*, llegando hasta el Tonkin. La Corea, según se puede colegir por las historias chinas, que se aplican los sucesos de los primitivos habitantes de cada región, no fué sometida por ellos hasta el siglo VII de J. C., en que destruyeron el reino de Kori, y los japoneses, de pasado más conocido, no se atreven á alargar sus cómputos más atrás del mismo siglo VII: «Hasta aquí los datos no pueden presentar ningún carácter de certidumbre», dice Gonse (1), y si nos entregamos al estudio arqueológico de sus antigüedades, tendremos que atraer muchos siglos hacia nosotros el desarrollo de las Ciencias y las Artes, tanto en el Celeste Imperio como en el mismo Japón. Todo lo que de ellos nos llega acusa un modernismo flamante en nada anterior á las civilizaciones occidentales.

La raza mongola (2), de ojos oblicuos, piel amarilla y lenguaje monosilábico, formando hoy un nutridísimo pueblo, se presenta como cuña que divide y desaloja por completo á otra raza, de ojos perfectamente horizontales, morena de color y de lenguaje aglutinante, que queda cortada, una parte en el Asia oriental, patente aún en el Japón, Corea y pueblos de las montañas de la China meridional y otra de toda la América precolombina y aun en algunas islas de la Oceanía.

Gracias á los modernísimos estudios sobre el extremo Oriente asiático, tan cerrado antes á toda indagación histórica, podemos hacernos cargo del estado de aquellos pueblos, hasta ahora tan desconocidos, de los que vamos disipando sus tinieblas.

Refiriéndonos á la época en que Alejandro Magno con sus griegos asomó á la misteriosa India, podemos deducir ya bastante del estado entonces de las razas asiáticas. Nunca la

(1) L'Art Japonais, I, pág. 22.

(2) Reclús no quiere que se llamen mongoles á los chinos, y no carece de razones para ello; pero nosotros aceptaremos el adjetivo corriente por su significación de raza amarilla en contraposición con la morena asiática.

Aria llegó á conquistar y poseer la Península indostánica, y menos en aquel tiempo; aún no había reinado el famoso monarca indio Açoka, el gran propagador del budhismo, que escribió sus decretos en las montañas del Dekan y envió á su propio hijo á la isla Ceilan para implantar la nueva religión; los arios apenas ocupaban los valles de los sagrados ríos Indo y Ganjes; todas las vertientes del Himalaya, como la gran parte central y meridional de la Península india, estaban ocupadas por razas cuyos representantes actuales son los kondos, maris, santales, y otros montañeses al Norte, con los bils, los numerosísimos dravidas, los jassias y otros al Sur, hablando respectivamente lenguas monosilábicas y aglutinantes, que nada tenían que ver con las sanscritas. Aún tampoco se habían fundado los Imperios de la Indo-China, como el Reino Khmer ó Cambodgiano, emigración de la India septentrional que se encuentra con los antiguos Laos, habitando el país, tan espléndido en su civilización y monumentos; ni el antiguo Reino de Campa, originario del Tonkin, de cronología hoy perfectamente conocida y que nos da su primer Rey en el siglo III de nuestra Era. Pero á donde más interés ofrecen estos estudios es en lo relativo al estado de la China oriental, revelados principalmente por los luminosísimos estudios etnográficos de Terrien de Lacoupiere, gracias á los cuales vemos ya distintamente á los chinos, en aquella no tan remota fecha, reducidos á sus primitivos territorios, poblando otras razas los que hasta más tarde no fueron por ellos dominados. Allí se descubren los Chan, constituyendo en una época lejana las más populosas gentes indígenas de la China meridional, que abandonando sus primitivos dominios, bajan aún más al Sur y fundan varios Estados, entre los cuales el de Sian fué el más importante.

Los Mon, que alcanzaron un gran poderio, cuyos restos son hoy los Siao-Pan y Mo-yao, habitantes del Techan-chakium, no sometidos al Imperio Chino; los Tai-chan, que existen al Sur y Oeste de Yun-nan; los Karengs, ocupantes de grandes territorios, que según datos ciertos fueron empujados por los años de 218 á 206 antes de J. C. á la región Sudoeste por los

chinos, llamados por estos Lolos; datos todos confirmados por las tradiciones míticas sobre el Emperador Fu-hi y Chu-king, que nos presentan al Imperio chino, reducido en el siglo III antes de J. C. á su cuna, ocupando una región central atravesada por los ríos Hoang-ho y Yang-tse-kiang: varias centurias debieron pasar aún para que los hijos del Celeste Imperio vieran las ondas del mar Amarillo, mientras que en las costas de éste se extendía entre tanto una serie de pueblos que iban adquiriendo una civilización de origen indio, como hasta en la Corea tendremos ocasión de ver por los restos que de ella han quedado. Nunca será bastante de agradecer para el estudio de este punto la obra de Lacouperier, que ha venido á revelarnos todo un mundo antes desconocido en el extremo Oriente asiático (1).

Si á esto unimos las consecuencias, por todos los sinólogos reconocidas, de la destrucción por el fuego de tantos libros chinos en el siglo III antes de J. C., llevada á efecto por el citado Emperador Ts'in Che hoang ti, el primero, sin embargo, que concluyendo por la fuerza de las armas con la feudalidad primitiva, emprendió las grandes conquistas, tendremos una noción del estado de los temas históricos sobre aquellos apartados pueblos en la época que más directamente nos interesan (2).

(1) Terrien de Lacouperier.—*Las lenguas de la China antes de los chinos.*—(Véase relación de ella en el *Journal des Savants*), 1889.

Véanse también las notas que Mr. Pierre Lefevre-Pantalís publica en el *Journal Asiatique*, 1896, II, pág. 129, como resultado de su reciente viaje entre los pueblos del Norte de la Indo-China.

(2) Respecto al estado de la más remota cultura china, revelada por sus libros actuales, decía M. E. Chavannes en su lección de apertura del Curso de 1894 en el Colegio de Francia:

«Seguramente la crítica demostrará cuáles son las partes auténticas de aquellos libros, denunciando las interpolaciones y reconstruyendo la civilización primitiva, de la que no tenemos más que una imagen confusa. Pero en el estado actual, efecto de las alteraciones sufridas, estos textos no ofrecen un cuadro fiel, sino idealizado de la antigüedad, una lección de moral en acción. No el pasado tal cual fué, sino como se quiere que hubiera sido, justificándose así la idea del actual extremo Oriente, que coloca su edad de oro en la juventud del mundo.»

Reveu Bleu, 1893, pág. 776.

Podemos, pues, aceptar la existencia de una extensa raza, con sus variedades, ocupando en remotos tiempos todo el Sudeste del Continente asiático y la mayor extensión del americano é islas entre ambos comprendidos; de estas congéneres tribus, en estado más ó menos salvaje, obtienen un grado superior de cultura las de la parte más oriental y Sur del Asia al aceptar primeramente la influencia del brahmanismo en los valles del Indo y del Ganges y más tarde alcanzar á ellas la gran expansión del budhismo ó djanismo y otras derivadas sectas por toda la costa oriental. Estas tribus, en los siglos cercanos á nuestra Era, son arrolladas y arrojadas de su suelo por la numerosísima invasión china, bajando algunos á la Indo-China para fundar allí Imperios como el de Campa, pasando otras al Nuevo Mundo en la época en que precisamente penetra la civilización en aquellas regiones, según se desprende de los estudios americanistas.

La arqueología, lingüística, religión y etnología, nos afirmarán más adelante en esta opinión. De la raza mongola vemos muchos restos en la parte Norte y costa oriental americana; pero ésta es la última gente que también llega á aquel suelo, llevando allá, en época que se enlaza hasta con nuestros días, su sangre y sus productos.

Una vez poblado el vasto Continente americano no podía por menos de producirse en él también grandes movimientos de gentes, emigraciones y empujes de unas tribus con otras, conquistas de territorios sometiendo los invasores á los incolas, cuando no levantándose caudillos que, excitando en los suyos la codicia de las riquezas de pueblos entre ellos establecidos, pero ya debilitados, los hacían salir de sus rudas costumbres para conquistarlos y caer luego también en el mismo enervamiento.

Este oleaje pertenece ya á la época histórica americana, pareciéndonos dibujarse en sus movimientos dos corrientes principales.

Creemos distinguir, y más tarde lo confirmaremos al hablar de sus monumentos, una, la primera propiamente civilizada, que pasando por el país de los eleutianos nos deja luego como

restos de su permanencia en el inmenso y abrupto territorio del Arizona y Nuevo Méjico, aquellas curiosísimas construcciones, llamadas hoy de los *cliff dwellers*, es decir, habitantes de las rocas, tan perfectamente estudiados últimamente por Gustavo Nordenskiöld: región de los *cañones* ó desfiladeros altísimos, producidos por el curso del *Colorado* y sus afluyentes, en cuyas vertientes y tajos se encuentran las interesantes ciudades de tales gentes, que convirtieron en verdaderas fortalezas las oquedades de aquellas rocas.

A ellos también parece deberse los *pueblos*, verdaderas agrupaciones de viviendas, levantadas en los lugares más llanos y despejados, aunque buscando siempre las alturas, completamente desiertas cuando las descubrieron los conquistadores, igualmente que las de los *cañones*, y que nos hacen suponer la emigración de aquellas gentes á otras regiones más feraces, cuando la vida se les hizo allí imposible por la escasez del agua y la creciente infecundidad de aquel suelo.

De allí marcharon, sin duda, á la región central por su parte más occidental, como lo delatan los restos que dejaron de su paso, pero empujados por otros siguieron la gran cordillera: quedándose algunos en las orillas é islas de la laguna de Nicaragua, cruzaron por Quito, fundando el Imperio de los Xiris y quizá el de los Quimbayas en Colombia, siendo Manco-Capac, el institutor del gran Imperio peruano, su último retoño; rama que pudiéramos llamar por muchas de sus cualidades de los *semitas* americanos, siendo característico en ellos los enterramientos en huacas, y las construcciones poco ornamentadas, más propias del ingeniero que del artista.

De la otra rama más *aria*, más culta y artista, tenemos como primer florecimiento á los toltecas, no tan imaginarios como algunos autores quieren suponer, que fueron los primeros en llevar las luces á la hermosa región del Anahuac (1).

(1) Corriente es entre los americanistas, desde que Briston en su obra *The Toltec and their fabulous Empire*, ha pretendido demostrar lo fabuloso de este Imperio, considerarlo como no existido: debemos manifestar que estudiado el punto detenidamente no quedamos convencidos de la no existencia de los toltecas: podrá ser cuestión de nombre, podrían llamarse de

Allí fundan grandes ciudades; allí levantan templos en que se adoran á divinidades que nunca recibieron antes culto en aquel suelo; allí constituyen un verdadero Imperio con todas las instituciones y organismos que podían concebirse en aquel tiempo, copia fiel de los asiáticos, de donde provenían.

Pero á la manera de los pueblos clásicos europeos, tenían cerca, al N. E., un núcleo de población bárbara emigrante, que había de invadir aquellas fértiles regiones, apoderarse de ella y vencerlos ó hacerlos marchar más adelante á otras tierras, y tal les ocurre al experimentar el empuje de los salvajes *chichimecas*, que los hacen pasar al centro y Yucatán, adquiriendo entonces los *mayas* todo su esplendor, al par que también los *chichimecas* heredan y adquieren la cultura del vencido.

Vienen, por último, los aztecas, también de procedencia bárbara indígena, los más fieros y menos aptos para proseguir la cultura desarrollada en el Anahuac, los que pasando luego al Yucatán se mezclan también con las tribus anteriores, amalgamándose y enredándose entre los dos istmos todos ellos.

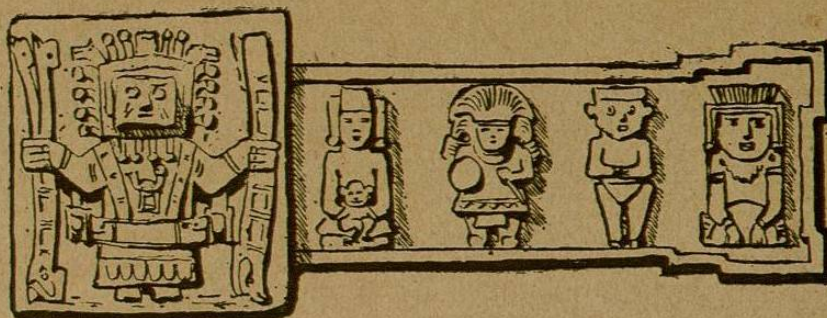
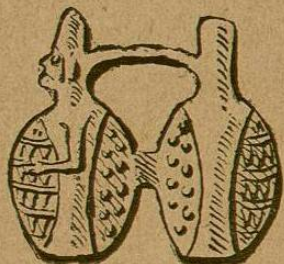
No ocurre todo aquéllo tan definida y claramente como pudiera parecer por este croquis; mil incidentes complican y oscurecen la marcha de esta gran porción de la humanidad, pero aun así, podemos considerar dividida en cuatro grandes grupos la etnografía americana precolombina. En último término, una raza más tostada de color y basta de facciones, casi semejante á los negros, cuyos representantes mejor conocidos son los charruas, peuenches y yaganes fueguiños, que aparecen como los más antiguos, arrinconados en el extremo Sur del continente meridional, y parte oriental del mismo (1): luego otra cobriza, hermana de las proto-asiáticas,

otro modo, pero mientras notemos tantas distintas épocas en las antigüedades mejicanas, mientras Tula y tantos otros lugares nos muestren restos de todos los órdenes de la cultura pre-azteca, seguiremos llamando toltecas á aquellos que con su emigración llevan primeramente la luz de la más alta civilización que ha brillado en todo el centro de América.

(1) Von Martius y el Dr. Deniker lo hacían constar así, respecto á los fueguianos, en el Congreso de Americanistas de París de 1890,

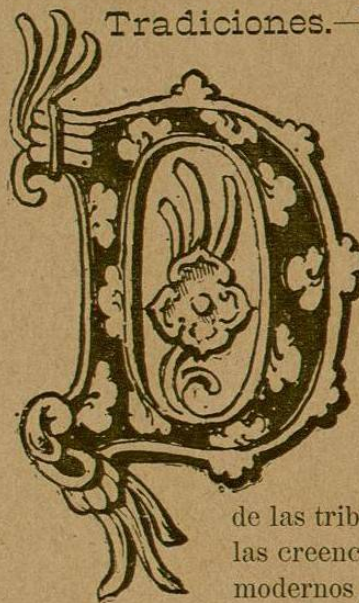
que forman la gran masa de las tribus americanas, en estado de cultura lítica, cuyas superiores manifestaciones de su civilización aparecen principalmente en los grandes valles de los modernos Estados Unidos; más tarde la gran invasión representada principalmente por las ramas quichua y nahua-maya, que coincide con el gran movimiento mogol asiático y que corre por todo el occidente americano, siguiendo la cordillera andina, dilatándose en el Anahuac y mezclándose en el centro de América, ocupando el menor espacio comparativamente con la gran extensión de los continentes, con creencias, artes y ciencias que se modifican con el transcurso de los siglos, pero patentizando siempre su origen. Su civilización y riquezas despiertan la codicia de las tribus salvajes vecinas, dando lugar entre otras á la invasión chichimeca y últimamente á la azteca, los godos de América, las gentes que más vemos, pero que menos hicieron en el Anahuac, y por fin otra mongolo-siberiana que ocupa la región más boreal, de la que proceden los esquimales establecidos entre ambos mares, tan semejantes en costumbres, aunque presenten variedad los de uno y otro extremo. Esta es la que se puede creer la más moderna y en la que se notan mayores influencias y rasgos chinos y mongoles.

La comprobación de este cuadro sintético, fundada en cuantos datos nos puedan suministrar sus tradiciones, números, lengua, artes y otras muchas muestras de su carácter y actividad será el objeto de las siguientes líneas, que dividiremos en una parte puramente antropológica y etnográfica y otra arqueológica y artística.



II

Tradiciones.—Religión.—Necrología.



ESPUÉS de presentar el cuadro más probable de la historia etnográfica americana, veamos cuanto sus tradiciones, religión y cultos nos hablan en favor de nuestra tesis, y lo que se puede distinguir á través de su complicada urdimbre, mediante el estudio de las memorias y monumentos que sobre este punto han llegado hasta nosotros.

Dejando aparte el casi ateísmo de las tribus más salvajes y atezadas, así como las creencias de los esquimales que, como más modernos, menos nos interesan, seguiremos haciendo preferente objeto de nuestro examen aquellas razas intermedias, entre las que se pueden establecer muy marcadas diferencias.

En los aborígenes encontramos las leyendas tradicionales y los cultos más primitivos; concepciones cosmogónicas, recuerdos de diluvios é inundaciones en casi todas ellas; cataclismos y cambios radicales en la configuración del suelo; repoblación prodigiosa de aquellas comarcas, constituyen sus